

SOLEMNIDAD DE LA EPIFANÍA DEL SEÑOR

Catedral de Astorga, 6 de enero de 2016

La liturgia de la Fiesta de la Epifanía del Señor que hoy celebramos nos invita a contemplar otro aspecto del Misterio de la Encarnación del Hijo de Dios. Se trata de su Manifestación a todos los pueblos como el Mesías, el Salvador del mundo. De poco hubiera servido a la humanidad la venida del Hijo de Dios en carne mortal si tal acontecimiento hubiera quedado circunscrito al Pueblo de Israel. Tampoco sería el Salvador del mundo si el Niño Jesús que hoy es adorado en Belén por los Magos y bautizado después por Juan en el río Jordán no se nos hubiera manifestado como el Dios-con-nosotros, el Hijo Predilecto del Padre.

Dice San Pablo en la carta a los Efesios que acabamos de proclamar: “Se me dio a conocer por revelación el misterio, que no había sido manifestado a los hombres en otros tiempos, como ha sido revelado ahora por el Espíritu a sus santos apóstoles y profetas: que también los gentiles son coherederos, miembros del mismo cuerpo y partícipes de la promesa en Jesucristo, por el Evangelio” (Ef 3, 5-6)

San Pablo nos habla de la manifestación del misterio escondido de Dios en Cristo Jesús desde su propia experiencia de conversión. Él fue alcanzado por la fuerza de la Verdad camino de Damasco, pues él mismo reconoce en la Carta a los Gálatas que aquello fue fruto de la gracia de Dios que “Le quiso revelar a su Hijo para que lo anunciara a los gentiles” (Gal 1,16)

San Pablo, que era judío, consideró que el Misterio revelado en Cristo no podía encerrarse en los muros del pueblo al que pertenecía en razón de la sangre, por eso fue el apóstol que, impulsado por el Espíritu Santo, anunció el evangelio a los no judíos ante el escándalo de los cristianos que provenían del judaísmo. Los cristianos que procedemos de la gentilidad debemos agradecer a San Pablo su tesón por anunciar el evangelio a todas las gentes y defender ante los responsables de la primera comunidad cristiana que también los gentiles eran coherederos de la gracia de Dios revelada en Cristo Jesús. Fue él quien sacó la predicación de la fe de las sinagogas para

anunciarla y manifestarla en las plazas públicas de las ciudades griegas y romanas.

Nuestra gratitud se dirige a Pablo y a aquellos cristianos que a largo de la historia han intervenido para transmitirnos la luz de la fe hasta llegar a nosotros. Pensemos en tantos hombres y mujeres que salieron a los caminos y a los mares con el único propósito de dar testimonio de Cristo. Aquellos que lucharon contra los falsos profetas y las doctrinas erróneas para conservar en su pureza el depósito de la fe. Aquellos que profundizaron en el Misterio de Cristo escrutando las Escrituras y explicándolas en la teología y la catequesis. Aquellos, en fin, que no tuvieron miedo a morir por confesar este Misterio de Dios hecho hombre para la salvación de los hombres. Todos ellos han sido para nosotros como los Magos de Oriente que guiados por la estrella de la fe nos dejaron el legado de su testimonio de fe como el mejor de los regalos. Dios se ha servido de sus vidas como instrumentos para revelar su Misterio y atraer a los hombres hacia sí.

La Fiesta de la Epifanía del Señor nos invita a participar también nosotros como eslabones de la cadena en la trasmisión de la fe a los hombres y mujeres de hoy. Los Magos son ejemplo de lo que el Papa nos pide a todos los cristianos en este momento: una Iglesia en salida para anunciar a Cristo, una iglesia que en salida a las periferias existenciales tanto materiales como espirituales para recoger a los heridos y curarlos con el bálsamo del amor fraterno. Ahora bien, para salir a manifestar nuestra fe a los demás es necesario que nosotros, previamente, hayamos tenido la experiencia de ser envueltos por el Misterio de amor de Dios que derriba en nuestro interior los muros de la soberbia y del egoísmo y nos hace dóciles a las enseñanzas del Espíritu Santo. Sin esta condición previa es muy difícil que podamos transmitir la fe que hemos recibido por gracia de Dios y por el testimonio de nuestros mayores.

La fe no se puede transmitir con clases o talleres como se transmite la cultura o una ideología o una tradición o una costumbre. La trasmisión de la fe se realiza desde una sólida experiencia vital de confianza en Dios que es amor y que nos ha “primereado” con su amor como nos dice el Papa Francisco. Sí, para manifestar a Dios de forma

convinciente es necesario sentirse amado por Dios y desde esa experiencia de amor infinito sentirnos impulsados a amar al prójimo con un amor similar al amor con el que Dios nos ama. Lo que hemos recibido gratis debemos darlo gratis. La trasmisión de la fe es, pues, la entrega de la vida, la vida escondida en Dios que se ha hecho visible en Jesucristo y de la cual nosotros participamos como hijos suyos.

La evangelización de la humanidad avanza en la medida en que los cristianos vivimos la vida referidos al Misterio del amor de Dios e involucrados en el amor al prójimo. Cuando manifestamos en nuestra vida el Misterio de amor de Dios con toda normalidad, sin arrogancia y sin complejo de inferioridad. El mejor regalo de Reyes que podemos dar a los nuestros, a los que queremos, a los que a diario tratamos es manifestarles con la transparencia y coherencia de nuestra vida cristiana el Misterio de Dios. Recordemos los consejos de Pablo a Timoteo: “Tú, hijo mío, hazte fuerte en la gracia de Cristo Jesús, la cual ha sido manifestada ahora por la aparición de Nuestro Salvador, Cristo Jesús que destruyó la muerte e hizo brillar la vida y la inmortalidad por medio del evangelio. Lo que has oído de mí, a través de muchos testigos, esto mismo confíalo a hombres fieles capaces, a su vez, de enseñar a otros” (2Tm 1, 10- 2, 1-3)

Pidamos al Señor que fortalezca nuestra fe en el Misterio que hoy se revela a todos los hombres por medio de una estrella a los Magos Oriente para poder nosotros manifestarlo a los demás con el lenguaje apropiado para que el mundo crea que Jesús es el enviado de Dios para salvarnos del poder de las tinieblas y trasladarnos al reino de la luz y de la gracia.

Los artistas recrearon la escena de los Magos en el portal de Belén presentando a la Virgen de los Reyes con el Niño Jesús sobre sus rodillas bendiciendo a mundo. Hagamos que Jesús también se siente en nuestro regazo por la comunión de su Cuerpo y de su Sangre y desde el testimonio de nuestra vida bendiga al mundo con toda clase de bienes espirituales y celestiales.